

Tour 1924, etapa 3, Cherbourg-Brest, 405 km

Jornada de descanso en Cherburgo y el jueves 26 a pedalear de nuevo.



La noticia es que los Pelissier y Ville están tomando un café con leche en la estación de Coutances; vamos, que han abandonado.

El coche de Excelsior, que iba muy por delante, da media vuelta en busca de la noticia; es Henri el que habla para André Reuze:

-Yo me pongo 2 maillots en la salida por el frío, y cuando tengo calor me quito uno y lo tiro. Bueno, pues parece que está prohibido; se me ha amenazado con una sanción... a conocer en Brest. Yo abandono. Francis sufre de los ojos y Ville de la rodilla y abandonan también.

El coche y Reuze otra vez a la carretera hasta alcanzar al pelotón que camina hacia Brest.

Tenemos pues el archiconocido episodio del abandono de Henri (Pelissier).

No parece descabellado pensar, cumplido ya un siglo del suceso, que no era una cuestión personal entre Henri Pelissier y Henri Desgrange.

Pelissier simplemente no tenía excesivo interés en una carrera que ya no le podía dar un retorno adecuado, sobre todo si éste se mediera en relación al tremendo esfuerzo que conllevaba.

Y Desgrange tenía un enorme interés en su carrera y en su periódico, y no podía tolerar ni en broma que un chico parisino algo veleidoso pusiera al Tour, su Tour, en tela de juicio.

Pero el asunto es grave y no se puede resolver en el velódromo con un sprint entre los dos Henri; tiene que resolverse ante la opinión pública y los dos personajes van a mostrar sus “argumentos”.

Henri (Desgrange) deja “muy claro”, con argumentos algo livianos, que las “razones” de Pelissier no tienen peso.

Según Desgrange el mayor de los Pelissier muy bien podría defender una cosa y la contraria y ello al mismo tiempo.

Y remata Desgrange con una anécdota insidiosa.

“En un tren con destino Brest, un revisor verifica los billetes de los viajeros: “usted está en primera con un billete de segunda” le dice a uno de ellos.

Este le responde con arrogancia y el revisor ante la ofensa opta por retirarse. El tren arranca y el viajero infractor hace en términos poco escogidos la crítica del deporte ciclista en general y del Tour de Francia en particular.

Llega una estación importante. Un señor se presenta e invita al delincuente, no ya a cambiar de clase, sino a bajar del tren. Pero el viajero no le trata mejor que al revisor. El señor entonces exhibe su carnet de agente de policía y previene al delincuente que, si no baja, le obligarán a descender los dos gendarmes que se encuentran en el andén. El delincuente entonces, quizás por primera vez en su vida, da marcha atrás y balbucea algunas disculpas.

Pero, según el agente de la Policía, Henri Pelissier tendrá que rendir cuentas a la justicia de su país”.

La verdad es que los hechos que narra el director de L'Auto parecen plausibles.

Pelissier se ha montado en Coutances en primera con un billete de segunda. Es creíble.

Ante la advertencia del revisor reacciona Pelissier con arrogancia. Creíble también.

Otro señor le advierte y Pelissier reacciona igual de mal. Creíble.

Pero cuando resulta que es un policía Pelissier se contiene y cede. Creíble todo.

Sin embargo, la forma en que Henri (Desgrange) presenta el asunto hacen que sea un perfecto ejemplo de libelo.

La narración ha crecido refiriéndose a un tipo anónimo, para al final dar el nombre del tipo y acusarle de delincuente: tendrá que rendir cuentas a la justicia (según el policía).

Por su parte Pelissier entiende que él no ha quedado en mal lugar, y no se toma los ataques de Desgrange por la tremenda.

Mucho tiene que ver el hecho de que ha sido defendido por las plumas brillantes de Albert Londres y André Reuze.

André Reuze, además de exponer las razones del parisino, pone blanco sobre negro el carácter del circo que tiene montado Desgrange con los ciclistas haciendo más de gladiadores que de payasos.

Cuenta Reuze que al llegar al velódromo de Brest el grupo cabecero, estos tienen que disputar una carrera de eliminación para decidir el ganador de la etapa.

Van pasando las vueltas y siendo eliminado cada vez el último. Pero el asunto discurre a medio camino entre el desorden y el caos.

Finalmente Philippe Thys se impone claramente en el sprint a Theophile Beeckman.

El comisario/empleo de Desgrange da por vencedor a Beeckman. Si Thys no ha oído su nombre cuando el speaker le ha cantado su eliminación es su problema.

Reuze entiende que Thys se sienta víctima de un fraude.

Cuatro años después, Pelissier se defiende en primera persona; reconstruye los hechos tal como él los vivió, es decir, como recuerda que sucedieron, o como cree que tuvieron lugar.

-En la salida de la tercera etapa, en Cherburgo, un comisario al que no nombraré ya que me disgustaría hacerle publicidad, un comisario digo, creyó oportuno, a las 2 de la madrugada, en el muelle de Cherburgo, levantarme el maillot y separar el culotte para intentar ver como estaba yo vestido. Muy ofendido por la grosería, sin darle tiempo, me fui al director de la carrera para demandarle excusas inmediatas sin las cuales yo abandonaría. Yo seguía discutiendo aunque ya se había dado la salida.

-“Se arreglarán las cosas en Brest”, me aseguró el director.

-Aclaremos, continúa Pelissier, que los comisarios no son designados por la Federación, sino elegidos por el director del Tour, lo que es completamente anormal. Se puede, por tanto, imaginar los Reglamentos más abracadabrantos sin que la U.V.F intervenga.

Bueno, parece que la narración de Henri Pelissier es totalmente sincera.

Tratando de buscar un ejemplo similar podrían servir un pobre jamelgo que ha sido útil en tiempos pasados y un amo algo bestia.

El amo envía al criado/comisario a dar unos latigazos al pobre animal. Son latigazos preventivos; algunas veces el caballejo se ha mostrado algo rebelde y es prudente bajarle los humos.

Cuando el jamelgo se queja al amo (en un cuento podemos suponer que los caballos hablen) el amo le dice: “ya hablaremos más tarde”.

Continúa Pelissier:

-Yo sabía demasiado bien como las cosas se arreglarían en Brest. Se tenía mucha consideración para el hombre que, vedette de la carrera del año precedente, había contribuído tan intensamente- lo digo sin falsa modestia- a su popularidad y a su éxito.

-Disgustado, tomé la salida y, hundiéndome en la noche, sin luz, me uní a Francis en el grupo de cabeza. Sentíamos tal hostilidad contra nosotros que, en pleno acuerdo, decidimos abandonar en Coutances. Ville, enfermo, se unió a nosotros. En el café de la estación vimos pronto llegar con gusto a dos enviados especiales: Albert Londres y André Reuze que, con imparcialidad, contaron las cosas tal como habían pasado, en el Petit parisien y en Excelsior. Fueron, por otra parte, los únicos que osaron defendernos en la prensa.

Y llega Pelissier al punto de la anécdota insidiosa del tren hacia Brest.

-Era tal el deseo de dañarnos en el espíritu del público que, al día siguiente, el director de la carrera no dudaba en escribir una historia rocambolesca: habíamos viajado sin billete, insultado al revisor,etc,etc. Por mi parte, yo tendría que comparecer ante la justicia de mi país.

-¡Ah! Ya no se podía comparar mi modo de viajar con una hermosa página de Racine... ¡Qué lejos quedaba mi “clasicismo” de Izoard! ¿Es necesario añadir que la tal comparecencia ante la justicia, yo sigo esperándola, por la sencilla razón de que no había ni una sola palabra verdadera en todo aquello?

Hombre, Pelissier, es cierto que no eras un delincuente, pero Desgrange no dijo que ibas sin billete; lo que dijo es que ibas en primera con un billete de segunda. Y eres un poco cruel recordándole a Desgrange las flores que te dedicó por tu ataque de Izoard camino de Briançon: “su victoria (la de Pelissier) tiene la hermosa puesta en escena, el clasicismo de las obras de Racine, tiene el valor de la belleza de una estatua perfecta, de un lienzo impecable, de una pieza musical destinada a permanecer en todas las memorias”.

Concluye Pelissier manifestando la satisfacción de que la federación francesa le diera la razón frente a los “comisarios” a sueldo de Desgrange.

-Cuando nos reunimos de nuevo con la carrera en Brest las amenazas comenzaron. Los comisarios me distinguieron con mil francos de multa, a lo que se añadía una petición de descalificación a la U.V.F.

-Pero por una vez, la Federación no siguió a los comisarios en su exceso. Simplemente quitó la multa e ignoró la suspensión.

Pero volvamos 4 años atrás, a Brest, donde los jueces han quitado la victoria al sorprendido Thys, para dársela a Beeckman.

1. Theophile Beeckman en 15h44'00"
2. Philippe Thys
3. Englebert
4. Bellenger
5. Alancourt
6. Bottecchia
7. Frantz
8. Cuvelier
9. Scieur
10. Alavoine

Y así hasta Lambot que cierra en el puesto número 24.

Ottavio Bottecchia y Beeckman comparten el maillot amarillo, con Frantz a 2m 36seg.

A 3 minutos exactos están los belgas Sellier, Buysse, Tiberghien y Scieur, más Huot y Brunero.

Thys se encuentra a 24min y 16seg: resultado de sumar los 3 y medio que perdió en Le Havre, los 18 que se dejó en Cherburgo, y los 3 de bonus que atesoran los dos líderes.

Tras el descanso en Brest, L'Auto del día 28, en una esquina de la página segunda informa de una "decisión de los comisarios": se da a Thys como vencedor junto a Beeckman, y se le abonan los 3min por ganador de etapa.

De modo que el retraso de Thys en la general pasa a ser de 21m y 16seg.

La primera página la usa Henri Desgrange para escribir del otro Henri: va a contar la verdad verdadera.

-Que en 1919 Henri abandonó e hizo abandonar a Francis.

-Que en 1920 Henri abandonó e hizo abandonar a Francis.

-Que en 1924 Henri abandonó e hizo abandonar a Francis.

Esta es la verdad verdadera (según Desgrange) y no la "ridícula historia del maillot".

